

Vampirismo ibérico

AUCA DE LA "SECUESTRADORA"



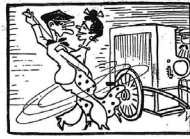
El monstruo que veis aquí es la Enriqueta Martí.



Va en su tierra mocedad mostraba su crueldad.



Creció la jovencueta sin pisar nunca la escuela.



Entre jalaco metida, lanzóse a la mala vida.



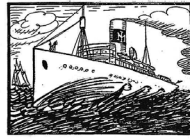
Se dedica con constancia a pervertir a la infancia.



Para su comercio vil tenía cómplices mil.



Por depositar las gacetas vive en sitios diferentes.



Desde San Félix a Palma corre esta mujer al alma.



No satisficó la fiera, hasta hizo de curandera.



Con grasas de orisuras hace ungientos para arturas.



Sacro-cocis y costillas escondo en las buhardillas.



No sabe qué hacer de un hueso y lo envuelve en un Progreso.



Por fin, se descubrió un día que a una muchacha escondía.



Un gure y un colchomero alzan el grito primero.



Cuando a la coepr/ta llevan las mujeres se sublevan.



Habla la niña Angellita y aun más el pueblo se irrita.



Con tanto y con tanto bueno se arma un lío muy espeso.



Selleros escopetados se ven en él complicado.



En un pozo jasto cielo! se encuentran matas de pelo.



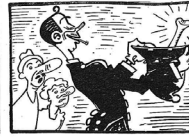
Dentro de ollas y pucheros se hallan huesos verdaderos.



Por no hacer revelaciones finge grandes convulsiones.



Muchos, creyéndola muerta, ya se abocan a la puerta.



Casi acabado el proceso, nos salen con otro hueso.



Mas, por fin, la ciencia opina que son todos de gallina.

(Se continuará.)

La Campana de Gracia, 6 de abril de 1912.

Vampirismo ibérico

*Bebedores de sangre,
sacamantecas y curanderos*

Salvador García Jiménez


melusina

© Salvador García Jiménez

© Editorial Melusina, S. L.
www.melusina.com

Diseño de cubierta: Miguel Brieva

Primera edición, 2011

Reservados todos los derechos

Fotocomposición: Carolina Hernández Terrazas
Impresión: Romanyà Valls, S. A.

ISBN-13: 978-84-96614-28-4
Depósito legal: B-27.654-2011

Impreso en España

Contenido

PRIMERA PARTE: SANGRE A TRAGOS

1. Vampiros en la Corona española 11
2. La sanguijuela ibérica 17
3. Corridas de toros 23
4. Los mataderos 30
5. *Jack the Ripper* en España 37
6. La sangre de los ajusticiados 42
7. Drácula en la niñez, apodos y capas de los españoles 47
8. La Iglesia vampirizada 53
9. La farmacia del vampiro 58
10. ¿Porfiria o rabia? 61
11. Mata de hambre a los vampiros. Dona sangre 66
12. «Autovampiros» en bicicleta 71
13. Les roban la sangre mientras dormían 76
14. El imaginario popular 80
15. Otras especies de vampiros: destripadores y sacramantecas 90
16. El rubio vampiro de Benidorm 98
17. Cuando Edipo empuñó en Córdoba la estaca del conde Drácula 103
18. Diferencias con los vampiros franceses 108

SEGUNDA PARTE: LA FAUNA

1. El «tío del Saín»
(Murcia, 1899) 119
2. El nido
(Pueblanueva, 1902) 123
3. El vampiro de Düsseldorf español
(Gádor, 1910) 127
4. Enriqueta Martí, el monstruo de Barcelona
(1912) 136
5. ¿Bebió el torero la sangre del niño degollado?
(Málaga, 1913) 143
6. Otra botella de sangre infantil
(Sobrado del Obispo, 1914) 149
7. El niño que cazaba nidos
(Teverga, 1915) 155
8. Las curanderas de Alcoy
(Alicante, 1915) 159
9. Dos actuaciones de un vampiro
(Villafranca del Bierzo y Piedramuelle, 1915) 162
10. El Cuervo indiano
(Avilés, 1917) 165
11. Crimen en seco
(Sella, 1919) 173
12. El vampiro de Iniesta
(Cuenca, 1920) 179
13. Un pliego de cordel
(Béjar, s/f) 181
14. El vampiro de Las Hurdes
(Cáceres, 1920) 185
15. El vampiro de Benicarló
(Castellón, 1921) 191
16. Entre lobos y una vampira
(Adamuz, 1921) 194
17. Otro murciélago humano en Cartagena
(Murcia, 1924) 199

18. Las bestias de San Vicente del Raspeig (Alicante, 1924)	205
19. El Ángel de la Guarda huyó horrorizado (Golada, 1925)	210
20. Entre las espigas rojas (Capellades, 1926)	215
21. El falso ejemplar de Badalona (1932)	221
22. El vampiro de Tarrasa (1932)	224
23. Con la sangre de un niño en dos botellas (Jódar, 1933)	227
24. El vampiro pederasta (Elche, 1936)	236
CONCLUSIÓN. La peste blanca	239

Notas 245

Hemerografía 277

Bibliografía 281



Primera parte:
Sangre a tragos



Vampiros en la Corona española

Sólo hemos encontrado un breve comentario de la época, publicado en una revista, del rumor que corría sobre el rey tuberculoso Alfonso XII, acusándolo de beberse la sangre de los niños que degollaban para él en algún rincón de la misma ciudad de Madrid: «Así circulan, como si fueran artículos de fe, las más burdas calumnias [...] Pero, ¿no hay quien piensa todavía que se mató a los niños del Canal para que bebiera su sangre un rey enfermo?». ¹

Llamaban calumnia a la leyenda urbana que se iba gestando alrededor de la sangre más inocente y el monarca que utilizaba pañuelos rojos para disimular el tinte de su cruel enfermedad. Sin duda, el rey aludido era dicho Borbón porque el crimen de los niños del Canal ocurrió en 1884, un año y pico antes de que el monarca muriera con veintiocho años de edad. El noble personaje, bebiendo en copas de oro el rojo líquido que le extrajeron a las criaturas degolladas, hubiera sido un magnífico personaje de novela.

El doble infanticidio que ya tenía el título en los diarios de «Crimen del Canal» se descubrió en las inmediaciones del primer molino del Canal: dos niños aparecieron degollados de la misma manera, con una herida desde la oreja a la garganta. Sus cabezas estaban casi separadas del cuerpo. ² Madrid se mostraba hondamente preocupado con los crímenes horrorosos que no cesaban de cometerse en sus calles. Muchas fueron las hipótesis que circularon sobre el móvil del «Crimen del Canal», destacando la

del vampirismo borbónico, en la que su consumidor sobresalía en realce frente al conde Drácula:

Hace años aparecieron en la pradera del canal dos pobres niños; en sus cadáveres se advirtieron mutilaciones horribles de una impudicia bestial; el vulgo, impresionado por lo cruento del crimen, dio rienda suelta a su imaginación y llegó a hablarse hasta de bebedores de sangre y de vampiros.³

Nada se averiguó en el lance; no se encontró ni el más leve rastro de los matadores, y el delito enorme quedó envuelto en el más impenetrable misterio. Cuando en 1910 se produjo el famoso crimen de Gádor, en los mismos titulares del diario *El País* hubo un recuerdo del «Crimen del Canal», confirmando así que fueron sacrificados para dar de beber su sangre a un tuberculoso:

El crimen descubierto en Gádor (Almería) ha producido sensación enorme. *El Popular* ha abierto una suscripción a favor de los padres de la víctima: un hermoso niño de siete años.

Este crimen monstruoso, hijo de la ignorancia y de la bestialidad, nos recuerda el asesinato aún impune de los niños del Canal, que acaso murieran por las mismas o parecidas causas.⁴

Para rebatir la calumnia y demostrar que la figura de este Borbón curando su tisis con tragos de sangre humana sólo ha brotado de la fantasía popular, nos bastaría leer la obra de Manuel Izquierdo, *Historia clínica de la Restauración*, donde se describe de forma pormenorizada la evolución de la salud de don Alfonso XII, basándose en los informes y partes médicos de los doctores que le trataron. En el capítulo romántico de la tuberculosis de un rey que murió en su edad florida —cuatro años después de que en 1882 se descubriera el bacilo que llevaría su nombre—, sólo hay flores y sudores, disneas y toses, sin una gota de sangre en el borde de los pañuelos.

A todos preocupaba la intensa palidez y demacración de don Alfonso. Pero en lugar de sangre, tomaba un sopicaldo y, como sintiese apetito, pedía y comía un poco de gallina.⁵ Cuando comenzaba

la noche de su último amanecer, el joven rey moribundo preguntó a su médico con voz entrecortada: «¿Podría darme algo que me calmase la tos y la fatiga?», y tras inyectarle morfina, la tos cedía y la disnea se calmaba, invadiéndole un sueño reparador.

Lo único que se ocultó al pueblo fue la enfermedad del rey: «Era también necesario que la gente no supiese que moría tuberculoso, pues, conocida la contagiosidad de la tisis, podía servir de arma política, a republicanos y a carlistas, el posible contagio sufrido por las hijas, y ocasionar todo esto un grave perjuicio en la dinastía». ⁶ Nada tuvo que ver la Casa Real en el crimen de los niños del Canal, porque para reponer la sangre empobrecida de don Alfonso, según el médico que lo atendía, «se emplearon los ferruginosos solubles, y entre ellos el tartrato férrico potásico, a dosis reconstituyentes, asociados al sulfato quínico a dosis tónica». ⁷

Don Alfonso XIII, último vástago de un tuberculoso moribundo, que tanto le costó a María Cristina sacar adelante, también heredó junto a la corona el sambenito de «bebedor de sangre». Según los testimonios recogidos por un etnógrafo, dos madrileños recuerdan los comentarios de la época en que vivieron bajo este segundo reinado:

Se rumoreaba que el rey estaba tuberculoso y se curaba bebiendo la sangre de los niños. Interesaba la sangre, no la grasa (Julia, Carabanchel bajo, recogido en 1999). ⁸

La gente decía que el rey necesitaba sangre porque estaba tuberculoso. Pagaba a hombres para que robasen niños, y así sacarles la sangre (Mariano, Cadalso de los Vidrios, recogido en 1999). ⁹

Quien ofreció con mayor precisión los datos evocadores de esta leyenda fue el escritor catalán Jaume Miravittles. En su artículo «Cataluña y la sangre», alude a la vampira de Barcelona, Enriqueta Martí, secuestradora de niños, que prostituía y asesinaba para vender su sangre, sus mantecas y sus tuétanos a importantes burgueses. A la cabeza de dicha lista, según el bulo propagado en 1912, figuraba la corona del Rey: «Durante mis años mozos oí de

una Enriqueta Martí que sangraba a los niños para curar al rey, a la sazón don Alfonso, de enfermedad misteriosa».¹⁰

Con todo el lujo y el material del Sanatorio de Guadarrama que S. M. el rey inauguró en 1917,¹¹ cómo iba a preferir Alfonso XIII beber sangre de niños para curarse. Situado en las crestas de Navacerrada, era un lugar hermosísimo, pintoresco, de 1.700 metros de elevación, a las puertas mismas de Madrid, el primer sanatorio moderno, con gabinete para rayos x, sala de operaciones; comedor con elegantes vajillas, con todos los elementos de desinfección más avanzados y muchas horas de sol para curar la enfermedad.

También la monarquía española de 1895, con la madre de Alfonso XIII como Reina regente, aunque por distintas razones y con estilo metafórico, fue acusada en la editorial del diario *Don Quijote*, publicado en Madrid, de ser el mayor de los chupasangres tras encender con sus desaciertos la guerra de Cuba: «El gran vampiro que consume la sangre de los hijos del pueblo y los azota con todas las desgracias es la monarquía ... Patriotas que gritáis desde las redacciones de los periódicos o desde las mesas del café la guerra contra los enemigos de España; herid al *gran vampiro*, porque él es el mayor enemigo de la nación».¹²

En este rastro carmesí de la historia, al príncipe de Asturias, Alfonso Pío de Borbón y Battenberg, enfermo de hemofilia, también le alcanzó y tuvo que llevar sobre los hombros en plena infancia la leyenda de su abuelo y de su padre. Desde la niñez, el príncipe de Asturias alternaba su vida en la Corte con prolongadas estancias en una pequeña posesión real en las afueras de Madrid, donde el desdichado enfermo gustaba de criar gallinas, palomas y cerdos, único *hobby* que se le conoce y que practicara en ocasiones durante los años que le quedaban de vida... «De esta época data cierta macabra anécdota, que corrió como un rumor siniestro durante algunos años, sobre todo entre la gente del campo: “El príncipe necesitaba periódicamente beber sangre joven y caliente para mantenerse vivo”».¹³

Tanto su sucesor en el título nobiliario, don Juan de Borbón, como el rey don Juan Carlos I cuentan en sendos libros de entre-

vistas mantenidas con José María Gironella y José Luis de Villalonga el rumor que había llegado hasta sus oídos:

Ser hijo de Rey era una servidumbre. Los exámenes debía pasarlos en público con toda severidad. Cuando supo leer se enteró por un periódico sensacionalista de la época de que sus «augustos padres se llevaban niños a Palacio para sacarles la sangre y dársela a beber al Príncipe de Asturias como bebida tónica». Es de suponer que en ese mismo momento lloró.¹⁴

Entre el pueblo de Madrid corría el rumor de que el príncipe de Asturias debía beber cada mañana un gran vaso de sangre fresca para mantenerse con vida. De ahí a pretender que esa sangre debía ser sangre humana no había más que un paso.¹⁵

No había que remontarse a la Edad Media para hallar otra fuente de la misma leyenda en Luis XI de Francia quien, envejecido y débil, bebía sangre de niño, considerada por su médico el mejor elixir de la juventud,¹⁶ porque a comienzos del siglo XX, en Italia, también le temían las familias aldeanas a su reina, creyendo que iba a raptar a los niños para extraerles la sangre. Sin estar realmente anémica ni tuberculosa, Su Majestad Elena Petrovich fue tachada por las comadres de una villa italiana de beber sangre de niños (tres vasos al día, nada menos) para curar su debilidad:

Dado ese singular estado de supersticiosa ignorancia en que viven sumidas ciertas regiones italianas, no puede motivar más que un asombro muy atenuado y relativo la lectura del siguiente suceso, ocurrido en Triggiano, provincia de Bari. Llegó a dicha localidad una comisión enviada desde Roma, no sabemos con qué objeto. Y a poco comenzó a circular entre los habitantes el más estupendo rumor: un rumor que rápidamente tomó creces, adquirió consistencia, avasalló todos los ánimos, hizo cundir el terror y la cólera.

—¿Sabéis a qué han venido esos hombres de Roma?... —decían las comadres [...]

—La reina Elena está enferma... no tiene sangre en las venas... un maleficio se la ha hecho perder y solo otro maleficio puede devolvérsela.

Para ello es preciso que beba cada día tres vasos de sangre... de sangre inocente y pura... de un cuerpo virgen... sangre de niño en fin... Por esto vienen esos hombres de Roma, para robarnos nuestros niños y degollarlos y llevar la sangre a palacio.

Y no hubo necesidad de esforzarse más para que la alarma cundiera y el espanto se apoderara de madres y de padres. En tanto las primeras cogían a sus cachorros más pequeños, los segundos se armaban de picos, de azadones, de cuchillos, de palos y se dirigían en amotinados grupos hacia las escuelas comunales, gritando:

—¡Queremos nuestros hijos!... ¡devolvednos nuestros hijos!...

Parece que costó un trabajo inmenso a las autoridades y a los *carabinieri* apaciguar el tumulto y convencer a los amotinados de que sus hijos no corrían el menor riesgo y que la reina Elena no necesitaba para curar su anemia, de sangre de párvulos.¹⁷

La sangre azul de la corona española se pondría verde con las cucharadas de sangre bermeja que le daba a tomar un pueblo parlanchín.

Segunda parte:
La fauna

Enriqueta Martí, el monstruo de Barcelona (1912)

Con la historia de Enriqueta Martí, sucedida realmente en la Barcelona de 1912, se podría componer un guión *gore* del cine más rabiosamente actual. Entre todos los ejemplares de nuestra fauna, ella destaca por ocupar con su biografía de leyenda una columna en la enciclopedia de los asesinos en serie.¹ De los sobrenombres que le dedicaron (*mala dona*, bruja, sacamantecas, celestina...), se ha perpetuado con mayor fama el de vampira: La vampira del Raval,² La vampira de Barcelona³ o La vampira del carrer Ponent.⁴

Todo se inició con la misteriosa desaparición de la niña Teresita Guitart durante el anochecer del 10 de febrero de 1912 en la calle de San Vicente. El misterio se prolongaría por espacio de más de quince días. Caminaba de la mano de su madre cuando, en el momento en que se detuvo ésta para hablar con una conocida, la niña se alejó, siendo infructuosas las pesquisas que se realizaron para dar con su paradero. Se ofreció hasta un premio en metálico a la persona que llegase a averiguar el lugar donde la pobre criatura había ido a parar. No pocos la daban ya por muerta. Por fin, un martes se desvaneció el misterio que rodeaba la extraña desaparición.

En el piso de la calle de Poniente, número 29, vivía Enriqueta Martí en compañía de su padre, anciano de ochenta años, y de la niña de cinco años que había raptado. Su solitaria existencia era bastante sospechosa para la vecindad: ni se trataba con nadie, ni

recibía visitas. Cuando salía por las mañanas iba astrosa, mugrienta, como una mendiga de la peor laya; y por las tardes, vestida de seda, con plumas en el sombrero. Un sábado, la vecina de su piso vio en el balcón de Enriqueta a una niña desconocida que jugaba con su supuesta hija y, como aquella noche y al día siguiente la oyese llorar, aprovechó la primera ocasión que se le presentó para preguntarle a Enriqueta quién era la cría. Tras dudar de la veracidad de las respuestas, su denuncia a la policía ayudó a descubrir a Teresita Guitart.

El aspecto casi ridículo que iba tomando el asunto comenzaba a fatigar a la opinión pública. La familia de Teresita Guitart había batido el récord de celebridad, llevando a su hija a todas partes como mono de feria. «Anoche se dio en el teatro Tivoli una función a beneficio de Teresita, y, al presentarse en un palco, fue aplaudida; se exhibió después con su padre en el escenario y recorrió palcos y butacas recogiendo donativos».⁵

La otra niña rescatada, Angelita, afirmó haber visto cómo «mamá» (así llamaba a Enriqueta, que se hacía pasar por su madre) había matado con un cuchillo a un niño de cinco años, llamado Pepito, en la mesa del comedor, como si Hansel y Gretel hubiesen tomado carne de realidad en este viejo folletín:

Enriqueta convirtió la mesa del comedor en un matadero donde perdieron la vida sus inocentes víctimas. Si la secuestradora hubiese vivido en tiempos más remotos, hubiera tenido, sin duda, un amante a quien querría más que a Baquer: Herodes [Salvador Baquer, amante de Enriqueta Martí].⁶

A partir de la puesta en prisión de la secuestradora de niños, Barcelona iba a destapar uno de los episodios más macabros de su historia, tres años después de la sangre derramada en la represión de la Semana Trágica. Enriqueta Martí robaba niños en los mercados para prostituirlos y después los mataba para elaborar con su sangre mantecas y tuétanos, pócimas que compraban los burgueses para curarse de la tuberculosis (ella misma consumía sangre fresca en la creencia de que era fuente de eterna juventud).

Ni qué decir tiene que la fantasía del pueblo trabaja de firme y que los detalles en apariencia más insignificantes se convierten, al pasar por los labios de la gente, en otras tantas pruebas terroríficas, que adaptan maravillosamente las formas más extrañas y caprichosas.⁷

La única verdad comprobada es prosaica: Enriqueta Martí (San Feliu de Llobregat, 1898-Barcelona, 1913), ejerció la prostitución siendo adolescente, regentó un burdel, fue curandera, estuvo procesada por corrupción de menores y se casó con Juan Pujaló, pintor bohemio y herbolario. Éste decía que una vez, viendo una alcachofa, se le ocurrió pintarla, y entonces comprendió que tenía un artista dentro. Uno de los testigos del juicio que declaró en el proceso de Enriqueta Martí contaba que le trajo un día un cuadro de flores que daba miedo: «Quería encajármelo a toda costa». Según la crónica negra que se iba forjando, ella asesinaba en el barcelonés barrio del Raval:

Secuestraba niños y bebés para matarlos y elaborar con sus restos pócmas que vendía por grandes sumas de dinero a las clases pudientes de la ciudad. La sangre, la grasa, los cabellos y el esqueleto de sus indefensas víctimas eran la base de filtros, ungüentos y cataplasmas con supuestos poderes medicinales que los ricos compraban para consumir la temida tuberculosis.⁸

Desde el principio estuvo demostrada, comprobada hasta la más indiscutible certeza, la existencia de hechos delictivos —secuestros, raptos, suplantación del estado civil, falsedad en documento público, etc.—; pero sin ninguna prueba de asesinatos. Existían presunciones, hasta indicios quizás, de que hubiera cometido uno o varios infanticidios; mas ningún dato evidente que no diera lugar a dudas había llegado a conocerse:

Estamos hoy, como hace algunos días, en la misma ignorancia acerca de los crímenes que la imaginación popular atribuye a Enriqueta Martí; crímenes que se presumen; pero que —es hora ya de decirlo— no se llegan a demostrar en modo alguno.⁹

Todos temían que Enriqueta Martí muriera en uno de los reales o fingidos síncope cardíacos que superaba o de sus chapuceros intentos de suicidio. La indignación popular continuaba suponiendo implicadas en este asunto a importantes personalidades por lo que «de exageración en exageración se ha llegado a creer y a propalar entre ciertas gentes que había decidido interés en eliminar a Enriqueta, en “quitarla de en medio” para que no hable y, por tanto, para que no aparezca la responsabilidad de esas personas».¹⁰ Hasta del rey Alfonso XIII, como ya hemos mencionado, se llegó a decir que bebía la sangre que le vendía como a sus demás clientes Enriqueta Martí para curarse de una enfermedad misteriosa.

El rumor de que era una intermediara en las monstruosidades atribuidas a individuos de la buena sociedad barcelonesa hizo que un periodista la emparentase con la misma Celestina, de la que también se decía «y los untos y mantecas que tenía, es hastío de decir»:

Es indudable que los crímenes y delitos que haya cometido la Enriqueta Martí obedecen a ese curanderismo, seductora profesión para una legítima nieta de la Celestina, hábilmente explotada —¡tantos años!— a despecho de las autoridades.¹¹

Los secuestros de Enriqueta Martí mantuvieron en vilo a la ciudad, a Cataluña y a España entera. La prensa local publicó durante un mes las novedades sobre el caso bajo los titulares: «Un proceso sensacional», «**Secuestro de niños**», «**Roba-niños**», «**Crímenes contra la infancia**». Su figura absorbió la atención general con aquella tiranía de los enigmas tenebrosos, de los desenlaces imprevistos que se solían creer reservados a la novela folletinesca o al melodrama de arrabal. El aforo del Palacio de Justicia resultó escaso para dar cabida a la multitud de profesionales y curiosos que lucharon por entrar durante el proceso. Por ello, la condenada Enriqueta Martí, la «mujer de los misterios», pasó a la historia como la secuestradora de niños más famosa de España.

Pronto, al cabo aproximadamente de un mes, el asunto de la secuestradora aburrió a la gente. Pasado el primer momento de

estupor por lo imprevisto del dictamen sobre el análisis de los huesos y el reconocimiento de Enriqueta, empezó a desvanecerse la creencia en los crímenes perpetrados por la procesada. «La opinión reacciona, pues hasta ahora está comprobada la existencia de delitos; pero no de los crímenes en que se creía».¹²

Enriqueta no podía vender sus pócimas fabricadas con las entrañas y la sangre de los niños por grandes sumas de dinero a las clases pudientes de Barcelona porque vivía en un ambiente de miseria. Podemos saber cómo se encontraba su último domicilio gracias a los periodistas que lo visitaron para saciar con su descripción la morbosidad del lector. Tras abrir una puertecilla sórdida, había que trepar veinte escalones para llegar a la estancia, en un «ambiente misérrimo y un olor nauseabundo». Tras acceder al hogar de la vampira, el empapelado de su mejor salón se hallaba roto y lleno de rasguños. Había en él un sofá verde, por cuyo *reps* brotaban las tripas de lona y de lana. También se observaban montones de trapos y papeles por doquier. Al fondo estaba la alcoba. Todo era asqueroso en ella, colgando ropas hediondas de una percha. El corresponsal de *ABC* concluye después de visitar la casa: «Jamás he contemplado nada tan miserable ni tan repulsivo».¹³

Enriqueta Martí raptaba a los pequeños, de pobres familias también, para explotarlos en la mendicidad o venderlos a otros granujas que se dedicaran también a lo mismo que ella. Los tenía en su casa como si fueran gatos. Tras explotar las truculencias del suceso, los reporteros se atrevieron a publicar sus dudas sobre la autenticidad de aquel monstruo:

El dictamen de los catedráticos y médicos forenses que examinaron los huesos hallados en los domicilios de Enriqueta, concluye afirmativamente que no son humanos.¹⁴

Los forenses acabaron por contradecirse porque en los primeros momentos afirmaron que eran de niños, ¡de cuatro niños! (convirtiendo en necrópolis el patio de la casa), de seis a ocho años de edad, por lo que el comentarista de los infanticidios se pre-

guntaba: «¿Es posible que un técnico, un doctor en medicina, confunda el cráneo de un conejo con el de un niño?»¹⁵ La torpeza, la ignorancia, el error de los forenses, engañando a los reporteros de prensa, había enfadado al público. Cada día surgía un nuevo dato en el fantástico proceso que venía a echar por tierra las conjeturas que se iban formando con los conocidos anteriormente. Si en principio pusieron al público expectante con los esqueletos infantiles descubiertos, las correcciones posteriores de que eran de conejo, de pollo o de gato (como se hicieron eco diferentes crónicas periódicas), acabaron con el retorcido entusiasmo.

Al caso de Enriqueta Martí se le exprimió hasta la última gota de sangre para obtener réditos económicos. Los mismos teatros de la avenida del Paralelo quisieron aprovecharse de los abundantes temas que la secuestradora les proporcionaba para provocar pesadillas en sus fieles espectadores. «Así ya se anuncian en el Español y en el Apolo [teatros del Paralelo] dramas terroríficos sobre la niña secuestrada y otros incidentes de los misteriosos hechos descubiertos.»¹⁶

Ni los periodistas ni los novelistas, casi cien años después de que se fraguara la leyenda de Enriqueta Martí, han investigado para escribir su verdadera biografía, como demuestra este final en la cárcel que narran de la vampira:

Pero al fin murió linchada por sus compañeras. Circuló antes la versión de que había sido envenenada. Porque Enriqueta sabía demasiado y era peligrosa para mucha gente.¹⁷

Enriqueta Martí murió linchada por sus compañeras de prisión en la cárcel Reina Amalia, aunque otra versión afirma que para entonces ya había sido envenenada.¹⁸

Otra de tantas falsedades como demuestra la consulta de su obituario el día 12 de mayo de 1913: «Ha muerto, a consecuencia de un cáncer en la matriz, la secuestradora Enriqueta Martí».¹⁹

La prensa comenzó a fantasear, a convertirla en un monstruo, en una *Superstar* del crimen como Jack el Destripador. Y

la hipérbole se representó en dos portadas de las revistas de Barcelona²⁰ con graciosas caricaturas que explotaban mayormente su perfil de secuestradora. Hoy, casi cien años después, cuatro escritores han convertido en argumento de sus novelas el aspecto más fantástico y macabro de la vida de Enriqueta Martí. Buscando la verdad sobre la vampira, Pierrot publicó *Los diarios de Enriqueta Martí: La vampira de Barcelona*;²¹ Marc Pastor, *La mala dona*;²² Elsa Plaza, *El cielo bajo los pies*;²³ y Fernando Gómez, *El misterio de la calle Poniente*.²⁴ Todo un mito que ahora rompe las tablas de su ataúd y crece como una serpiente entre los cascarrones de su huevo.

En el pozo de nuestra investigación, Enriqueta Martí se refleja como una pobre diablesa a quien el pueblo, los medios de comunicación y los plumíferos coronaron en el trono de un infierno que se habían inventado. Sin haber derramado ni bebido una gota de sangre humana, quedó convertida en una de las grandes estrellas rojas de nuestro vampirismo. Sus huellas han borrado la frontera entre ficción y realidad. Comidos por las ratas seguramente los 1.800 folios de que constaba su proceso, el fantasmal personaje se ha quedado anclado en el mundo de la novela.